

JANE EN LA TORMENTA

Jane hizo girar la llave. Miró atrás y arriba antes de empujar la puerta. Las nubes oscuras ya habían empezado a chocar entre sí en un retumbar luminoso primero, sonoro y lejano después. La tormenta se acercaba.

Entró en la casa y enseguida notó el calor acogedor que le daba la bienvenida. Aún a oscuras, se quitó el abrigo y lo colgó de la percha junto a la pared.

Un flash de luz iluminó por unas décimas de segundo la entrada de la casa en silencio, lanzó su sombra alargada por el pasillo y luego se apagó.

Encendió la luz, intentando ignorar el palpito acelerado de su corazón.

La casa estaba vacía.

No le gustaba el turno de tarde. Lo odiaba. Volver del hospital a aquellas horas, con las calles vacías y un silencio que pesaba, casi sólido.

Tocó con la mano derecha el radiador del pasillo. El calor que desprendía era punzante en la yema de sus dedos. Le despejó un poco la cabeza.

«Tranquilízate. No pasa nada», pensó. «Todo está bien. Él no va a volver».

Caminó por el pasillo, encendiendo las luces de toda la casa. No podía evitar «sentir» algo. Algo fuera de lo normal.

«Nunca le dejarán salir de la cárcel».

Desde que sucedió aquella desgracia su vida había sido un circo de los horrores. Era normal en una situación post-traumática. El psicólogo le advirtió que experimentaría miedos y paranoia, pero que el tiempo acabaría por llevarse aquellos pensamientos y la devolvería a la normalidad.

«Estoy a salvo».

Se palpó el yeso que atrapaba su brazo izquierdo hasta el codo. Lo llevaba colgando del cuello con una tira ancha y azul. Ya casi no le dolía. Era el pequeño precio que había pagado para que él terminara en la cárcel.

«Debería haberme mudado de aquí».

El salón era minimalista y extremadamente árido. Las paredes blancas, recién pintadas hacía unos días, estaban desnudas. Los muebles todavía olían a nuevo. Todos blancos, todos perfectos. El sofá de tres plazas ocupaba el centro de la ancha sala, frente al televisor. Detrás del sofá, había una mesa de cristal con patas finísimas de aluminio rodeada por seis sillas, blancas también. La estantería junto a la ventana (todavía sin cortinas) era de compartimentos cuadrados, casi todos vacíos y de fondos oscuros. Parecía que miraban a Jane caminando hasta el sofá.

Se recostó, dejando a un lado en el suelo la cinta azul. Sentía en la nuca la irritación del roce. Se masajeó el cuello y las cervicales. Estiró las piernas y dio un suspiro.

En aquel silencio cualquier ruido era amplificado a su enésima potencia. Encendió el televisor y subió el volumen.

Saltó de canal en canal, sin encontrar nada que consiguiera relajarla. Terminó por apagarlo.

Buscó el reloj en la pared, pero todavía no había tenido tiempo de colgarlo. Buscó el móvil en su bolsillo y desbloqueó la pantalla. Eran las dos y media de la madrugada.

Allí seguía estando él, como fondo en la pequeña pantalla luminosa. Era la única foto de su hijo que no había borrado o metido en cajas de cartón precintadas con cinta de carrocero.

Un estrepitoso trueno hizo retumbar las paredes. Jane se incorporó en el sofá y miró hacia la ventana. Las primeras gotas de lluvia se estrellaron contra el cristal.

Las noticias habían pronosticado que sería la tormenta eléctrica de la década.

Se puso en pie cuando el impacto de la lluvia se aceleró en un martillear constante. Golpeaba la casa en un vuelo sesgado e insistente. El fuerte viento debía de haber traído todas aquellas nubes cargadas de lluvia, rayos y truenos. Jane se acercó a la ventana.

Aquella tormenta había modificado por completo el paisaje al que estaba acostumbrada. Los días soleados eran lo más normal allí en Florida. Los solían pasar en el patio haciendo barbacoas o dando paseos los tres en bici por los alrededores. Ahora los árboles estiraban sus ramas hacia un lado al unísono, como desperezándose. Montones de hojas y pequeñas ramas volaban y chocaban contra las paredes de las casas o las pequeñas verjas que separaban los adosados. El columpio donde antes jugaba su hijo Adán, ahora se mecía solo, dando bandadas. «Gric-Gric». El sonido de las cadenas le encogió el corazón.

En un breve instante, entre el resplandor de dos relámpagos, se vio a sí misma reflejada en el cristal de la ventana. Contempló su expresión contenida. Era la imagen de una cara triste y derrotada por el miedo. La piel pálida, blanquecina y las ojeras, que no había podido disimular con todo el maquillaje, delataban su agotamiento, su culpa. Sin olvidar el moratón en el ojo izquierdo. Imposible de esconder.

Su flequillo rubio, cortado en total línea recta a la altura de las cejas, le daba cierto aire infantil; parecía una niña a la que habían maltratado.

Otro potente haz de luz inundó la calle y se coló por la

ventana. Entonces, justo antes de apagarse, le pareció ver algo. Fue en un solo parpadeo.

«Gric-Gric».

Se dio la vuelta, pegando la espalda a la pared. Juraría que había visto la silueta de un hombre de pie junto a la puerta del pasillo.

Esperó a respirar con normalidad antes de moverse. Seguía con los ojos clavados en el pasillo. Con el corazón en un puño caminó hasta la puerta de la izquierda. La cocina tenía dos accesos: una en el pasillo y otra por el comedor.

Cruzó el comedor y entró en la cocina. Ya estaban las luces encendidas, las había encendido al llegar. La luz de los fluorescentes palpitaba sobre aquella barra americana con taburetes y mobiliario blanco. Todo neutro y tan esterilizado, parecía un hospital.

Abrió el primer cajón junto a la pica. Cogió un cuchillo largo y ancho, de los que se usan para abrir el salmón y hacer sushi. El filo lanzó un destello blanco y otro trueno se hizo eco por toda la casa. La tormenta ya estaba encima.

Con el cuchillo delante de ella se acercó a la puerta que llevaba al pasillo. El cuchillo temblaba en su mano, salpicando de luces las paredes de la cocina.

Con la mano izquierda intentó girar el pomo de la puerta. Falló. El yeso chocó contra el pomo con un ruido seco. Al segundo intento consiguió abrir la puerta y la empujó suavemente. La punta afilada y agitada del cuchillo cruzó primero el umbral. Después se asomó ella.

Miró en dirección al comedor. Miró en dirección a la entrada.

El pasillo estaba vacío.

«No hay nadie, no hay nadie, Jane. Solo ha sido un reflejo».

Jane caminó de espaldas, apoyando su hombro izquierdo contra la pared, manteniendo el cuchillo en alto y sin dejar de mirar a la puerta al final del pasillo. Todo parecía estar en el mismo sitio.

«Será mejor que suba a la cama, mañana será otro día. No puedo seguir viviendo así».

Junto a la puerta del comedor estaban las escaleras que daban acceso al dormitorio y a las otras habitaciones. Empezó a subir los primeros peldaños y la madera crujió suavemente bajo sus pies. Por un momento pensó en bajar y apagar alguna de las luces que había dejado encendidas, pero decidió dejarlas así.

Ya estaba llegando al último peldaño de la planta superior cuando le pareció escuchar el sonido de unos golpes que provenían del piso de abajo. Se detuvo, se sentó en las escaleras y escuchó atentamente. Hacía semanas que seguía aquella rutina. Tenía que verificar cualquier ruido, por pequeño que fuera. Necesitaba cerciorarse de que solo eran sonidos de la casa o tal vez de los vecinos o el viento. Durante dos minutos, que se le hicieron muy largos, no escuchó nada más que el «runrún» de la tormenta, que había amainado un poco.

Un nuevo ruido, sordo y rítmico, la alarmó. Se puso en pie, conteniendo la respiración. Se agarraba con fuerza a la barandilla. Estaba segura de que esta vez no se lo había imaginado. Eran unos pasos lejanos, como de alguien subiendo unas escaleras.

«¡El sótano!», pensó alarmada. «¡Hay alguien en el sótano!».

Blandió el cuchillo con las dos manos, sosteniéndolo contra el pecho. Puso un pie en el escalón más abajo, dispuesta a bajar al pasillo. Con el sonido de un chasquido se hizo de noche en la casa. Todas las luces se apagaron a la vez. El chirrido de una puerta al abrirse sonó en la sombras.

Se tambaleó en total oscuridad, desorientada y a punto de perder el equilibrio. Sostuvo el cuchillo con la mano enyesada y con la otra buscó el móvil en su pantalón. La luz de un relámpago iluminó todo el piso inferior, un instante nada más.

El móvil se le cayó de las manos justo cuando sonó el trueno.

Lo había visto. Jane intentó retroceder y cayó de culo sobre las escaleras.

Esperó, tirada en las escaleras, incapaz de moverse. El latir de su propio corazón la ensordecía.

Un nuevo relámpago sostuvo el fogonazo de luz durante casi un segundo. Lanzó haces de luz y sombras alargadas a través de la barandilla de la escalera. Cuando la luz se apagó supo que lo había visto de verdad. La imagen de un hombre en sombras al final de la escalera, con un pie en el primer escalón, se le había quedado grabada en la retina.

El terror hizo que gritara con todas sus fuerzas. Se dio la vuelta y subió lo más rápido que pudo. Usó pies y manos y escaló a cuatro patas los peldaños, hasta llegar al piso de arriba.

Los cristales de la casa temblaron con otro potente y furioso trueno, parecía que el cielo quisiera partirse en dos.

Se hizo luego el silencio y ya no lograba escuchar nada, aparte de la lluvia sobre el tejado y su respiración entrecortada. Pero seguía sintiendo aquella presencia allí, hecha de sombras y acercándose...

Corrió a ciegas, tanteando en la oscuridad usando las paredes. Tropezó y tiró a su paso una pequeña mesita que había junto a la puerta del baño. Un jarrón se estrelló contra el suelo, lanzando pedazos afilados por todo el parquet.

Intentó abrir la puerta del dormitorio pero el tirador no cedía. Al empujar su cuerpo contra la puerta se clavó el cuchillo en el antebrazo derecho. Lo sintió introduciéndose en su carne, sin esfuerzo. Notó el calor de la sangre queriendo brotar de la herida abierta. Se mordió el labio y con un fuerte golpe de hombro abrió la puerta en un «clic».

La cerró tras de sí lo más deprisa que pudo, ignorando el dolor que quemaba su brazo. Se arrodilló en la otra punta de la habitación, junto a la mesita de noche. Hecha un ovillo, lloró sin poder controlarse, manteniendo con esfuerzo la punta del cuchillo mirando al techo. Su propia sangre manchaba el filo.

La luz de las farolas de fuera se colaba en la habitación. La lluvia seguía golpeando la ventana. Era ahora un sonido más suave, como un aplauso lejano intermitente.

Sus ojos se habituaron a la penumbra. Levantó la cabeza por encima de la cama de matrimonio y clavó los ojos en la puerta.

Jane luchó por controlar sus nervios.

«¡Toc! ¡Toc!»

La puerta se abrió sin esperar que nadie contestara.

La figura de un hombre algo borroso permaneció en el portal. Como decidiendo si entrar o no en el dormitorio.

Los ojos de Jane derramaban lágrimas que le impedían ver con claridad. Con la mano izquierda se tapó la boca, intentando acallar un chillido.

La sombra dio un paso silencioso y lento hacia la cama.

Jane estrujó el mango del cuchillo, reuniendo fuerzas, dispuesta a lanzarse en cualquier momento.

Le sorprendió la rapidez con que la sombra saltó sobre la cama y la agarró por el pelo, tiró de ella y la arrastró hasta el otro lado de la cama. El grito que salió de su garganta fue más fuerte que cualquiera de los truenos que se habían oído aquella noche.

Jane lanzó cuchilladas a ciegas. Clavó el cuchillo en el aire, en la pared, despuntando el papel pintado, y también el cabezal de la cama. No logró acertar a su agresor, que la redujo contra el suelo. La golpeó en la mano enyesada hasta que el dolor le hizo soltar el arma. Él la recogió y la tiró lejos de su alcance, a los pies de la cama.

La luz inundó la estancia. Lo que le rebeló el relámpago la golpeó como una descarga eléctrica.

Su marido, Jake, la miraba fijamente, con ojos encendidos de rabia y odio. Era la cara desfigurada de un loco y su determinación.

—¡Míralo, Jane! ¡Míralo bien!—le gritó. Su voz rota era áspera como una vieja lima oxidada.

La tenía totalmente inmovilizada. Jane se agitaba, pataleaba sin poder desasirse. Él, sentado sobre ella, agarra-

ba sus dos brazos con una mano. Con la otra le puso su propio móvil contra la cara.

La imagen del fondo de pantalla desprendía una luz fuerte. Jane cerró los ojos pero continuaba viendo la imagen del móvil. La foto de su hijo Adán.

—¡Zorra! ¡Tú, tú me lo quitaste!

El estallido de un trueno subrayó las palabras de aquel hombre desquiciado.

Con fuerza desmesurada la agarró por los brazos y le dio la vuelta, dejándola boca abajo contra el suelo. Jane pudo ver goterones de su propia sangre manchar la alfombra.

Algo parecido a una cuerda le rodeó el cuello.

Jake estiró de la tira ancha azul con todas sus fuerzas, haciendo que la mitad del cuerpo de ella se arqueara con violencia.

—¡Te voy a llevar con él de la misma manera que tú te lo llevaste!

Le chillaba al oído, podía oler su aliento y sentir el gruñido casi animal producido por el esfuerzo.

Algo le crujió por detrás, en la espalda. Un intenso dolor le subió por la espina dorsal.

La luz se hizo de nuevo en la habitación. Pero su vista se nublaba. Notaba como su campo de visión se oscurecía alrededor. En un momento toda la habitación fue un borrón.

Se estaba dejando llevar, abandonándose, cuando volvió a escuchar el llanto de su hijo. Igual que aquel fatídico día, lloraba y lloraba. No había manera de que callara. Lo recordaba como si hubiese sido ayer, Jake estaba en el trabajo y ella intentaba dormir. Los turnos de tarde le ponían los nervios de punta y la falta de sueño la estaba trastocando. En cuanto se entregaba al sueño, Adán la despertaba con un sonoro berrido.

Fueron las voces las que le dijeron qué hacer. Después de horas de soportar aquel constante y creciente llanto, lo bajó al pasillo y lo ató a la trona. Cerró todas las puertas de

la casa y se tumbó en la cama. Aun así lo seguía escuchando a través de las paredes, dentro de su cabeza. Durante horas.

Cuando no pudo más, se levantó y bajó al pasillo. Levantó al niño casi arrancándolo de la pequeña silla y lo llevó a su dormitorio. Fue rápido. Solo hizo falta un cojín y un poco de presión constante. Adán se calló. Esta vez para siempre.

Ahora estaba allí, frente a ella, la imagen vaporosa y fantasmal de un niño de dos años la miraba desde la puerta.

—Aaa... aaa... dáan...

Intentó llamarlo por su nombre. Intentó pedirle perdón. Intentó redimirse. Pero su vida se apagó lentamente, como una tormenta que cesa después de haber descargado toda la lluvia.

Ya no se escuchaba el viento ni la lluvia golpear la ventana. Los rayos y truenos se habían quedado mudos. El hombre se dejó caer sobre el cadáver y lloró compungido sobre ella.